

fracasaban, la corte imperial resolvió apoderarse de las provisiones encerradas en el arsenal de Viena; pero los vecinos de la ciudad negaron rotundamente su consentimiento para que tal despojo se llevara á cabo. En medio de esta situación cada vez mas comprometida, creada por la idea errónea que de las fuerzas bohemias se tenía, recobraron su antigua influencia en la corte del emperador los partidarios de la paz, y el mismo Buquoy, que reconocía la absoluta insuficiencia de las fuerzas imperiales, aconsejó enérgicamente un arreglo amistoso. Mas el curso de las operaciones militares no permitió que se entablaran negociaciones formales por mas que estas se intentaron por mediación de Zierotin. Mansfeld habia comenzado ya por sitiar la ciudad de Pilsen, adicta al catolicismo y al emperador, y al mismo tiempo Buquoy y Dampierre viéronse hasta tal punto acosados por las fuerzas superiores de Thurn, que á fines de octubre hubieron de decidirse á retirarse mas léjos, queriendo el primero dirigirse por Neuhaus y Budweis y permaneciendo el último durante algun tiempo en Pilgram con objeto de preparar la retirada á Moravia. Pero antes de que pudiera retirarse, Dampierre fué atacado el día 3 de noviembre por Thurn en su campamento de Pilgram, sufriendo grandes pérdidas y emprendiendo la retirada con su ejército considerablemente debilitado. Las tropas silesianas contribuyeron en buena parte á esta victoria de Thurn, cuyos efectos dejáronse sentir mas intensamente aun en el órden moral que en el terreno de la táctica, pues la derrota de Dampierre avivó entre los moravos el deseo de unirse á los bohemios de tal manera que cuando el ejército imperial quiso retirarse á Iglau negáronle la entrada en esa ciudad, con lo cual aquellas tropas, muy desorganizadas ya por consecuencia de la derrota sufrida, se abandonaron á una dispersion completa.

Mientras Dampierre luchaba tan desgraciadamente con Thurn, Buquoy intentaba en vano en 5 de noviembre tomar por asalto Neuhaus, y cuatro dias despues era á su vez derrotado por Thurn, saliendo herido del combate que se libró no léjos de Budweis. Para acabar de completar las desdichas del ejército imperial, en 21 de noviembre Mansfeld asaltaba y tomaba la ciudad de Pilsen que tan tenazmente supo defenderse. Si en aquel momento Thurn se hubiese arrojado sobre el ejército de Buquoy que, considerablemente debilitado, se retiraba constantemente, el emperador se habria encontrado en una situación en extremo peligrosa; pero, en vez de esto, aquel general dejó para hacer frente á Buquoy un cuerpo de observacion y con 4.000 hombres penetró en el territorio austriaco, queriendo de este modo dar el segundo paso sin haber dado antes el primero. En Austria consiguió algunos éxitos pasajeros, pero no un triunfo duradero. Cierta que rechazó á Dampierre, que en el entretanto habia recibido algunos refuerzos y se habia dirigido con ellos á Austria, y que sus operaciones hicieron temer por la misma Viena; mas sus esperanzas de que se le unirian los Estados austriacos no se realizaron por el momento, pues si bien Starhemberg se presentó en su campamento y trató con él acerca de la desmembracion de las tropas, en cambio subordinó la union franca de los suyos con los rebeldes á la conducta que observara Moravia. Pero en Moravia Zierotin, que perseveraba en su política de paz y conciliacion y no queria influir para que se apoyara el levantamiento de los bohemios, consiguió una vez mas, á pesar de la presencia de Thurn y de Tschernembl que acudieron presurosos á Brunn, disuadir de su intento á los protestantes moravos que tumultuosamente pedían la union á Bohemia, y logró por el contrario hacerles tomar el acuerdo de aconsejar enérgicamente al emperador que buscara la manera de llegar á un arreglo. La union, pues, de Austria fracasó por completo y fracasó tam-

bien todo el plan de Thurn; de haberse este realizado, es decir, de haberse unido á los bohemios las tropas austriacas y moravas, el emperador se habria visto irremisiblemente perdido. Matías, por consiguiente, se salvó de nuevo del peligro que le amenazaba y Thurn hubo de salir de Austria principalmente por la falta de víveres, que era consecuencia de la mala administracion militar de los Estados. Suspendidas las operaciones durante el invierno, las ventajas alcanzadas por las tropas bohemias no pudieron conducir á un triunfo duradero. Los dos partidos en lucha aprovecharon activamente aquella estacion del año para proporcionarse nuevos recursos así en los propios países como en los Estados extranjeros, con los cuales entablaron las oportunas negociaciones.

Interesaba ante todo á los bohemios asegurarse para el porvenir el auxilio que ya en julio les habia ofrecido el Palatinado electoral y que, en su sentir, les habia proporcionado el refuerzo que á su ejército llevara el conde Mansfeld. Y en efecto, por este lado podían tener por seguro el apoyo, pues en cuanto estalló la rebelion bohemia los hombres de Estado que en el Palatinado gobernaban comenzaron á contar con la posibilidad de que su elector ciera algun día la corona de Bohemia, y durante el invierno trabajaron sin descanso á fin de asegurarse auxilios del extranjero que sirvieran de apoyo á esa empresa peligrosa, pero de éxito probable. Los consejeros palatinos deseaban en primer término consolidar mas su union con el duque de Saboya, obtener de él que siguiera pagando los sueldos á las tropas de Mansfeld y firmar con él una verdadera alianza que, á ser posible, se hiciera extensiva á Venecia, esperando que la rica ciudad de las lagunas les ayudaria por lo menos con importantes sumas.

Para conseguir todo esto, fué enviado á Turin en octubre de 1618 Cristóbal de Dohna, el cual fué amistosamente recibido por Carlos Manuel, con quien se entendió por completo en lo tocante á sus planes encaminados á debilitar á la monarquía de los Habsburgos. El duque, sin embargo, no se sentía inclinado á correr solo los peligros de la futura lucha á menos que esta le ofreciera algunas ventajas materiales, y por esto propuso una amplia alianza con Inglaterra, Francia, Holanda y Venecia, cada una de las cuales tendria que pagar de 25 á 30.000 ducados mensuales, añadiendo que él no prestaria su ayuda si no se contaba por lo menos con la promesa de Jacobo I de Inglaterra de apoyar vigorosamente la empresa. En cuanto á Venecia, se negó desde luego á dar auxilio alguno.

Habiendo los palatinos enviado al duque de Saboya una segunda embajada presidida por Mansfeld, el duque propuso á los embajadores franca y abiertamente un plan grandioso que tendia ni mas ni menos que á la destruccion completa de la monarquía austriaca; pero antes de que se entrara en la discusion del mismo, la muerte del anciano emperador Matías cambió por completo la faz de las cosas.

Al mismo tiempo que con Saboya habia el Palatinado entablado relaciones con los bohemios, y el embajador á estos enviado, otro Dohna de nombre Acacio, habia obtenido de Wenceslao de Ruppá la declaracion expresa de que se nombraria rey de Bohemia al elector del Palatinado á fin de aclarar la situacion. Entonces se ofreció por vez primera esta idea de una manera palpable al joven elector Federico V, el cual confesó, lo propio que los que le rodeaban, que en el momento en que tal idea parecia quererse convertir en realidad, se sentía acometido de grandes dudas y vacilaciones, pues aun despreciando los peligros que consigo llevaba la aceptacion del plan, debía formalmente plantearse á sí mismo la cuestion de si él, un príncipe por la gracia de Dios,

que tenia un elevado concepto del derecho innato á la cualidad de príncipe, debía prestarse á una empresa que constituía un atentado contra los derechos escritos que á tal jerarquía correspondian. Cierta que el brillo de la corona le halagaba y que los atractivos del trono aumentaban á sus ojos con las insinuaciones y consejos de los que le rodea-

ban, especialmente del príncipe Cristian de Anhalt; pero todo ello no era bastante para disipar los serios temores que por otra parte le inspiraba el asunto. Por esto resolvió por de pronto pedir consejo á su suegro, el rey Jacobo de Inglaterra, de cuya resolucion, segun hemos dicho, hacia depender la suya el duque de Saboya.



El general conde de Dampierre. Facsimile del grabado de Wolfgang Kilian (1581-1662)

Jacobo de Inglaterra no le animó en lo mas mínimo á entrar en la empresa que le habia sido propuesta; por el contrario, las negociaciones de su embajador, el mismo Cristóbal de Dohna que poco antes estuvo en Turin, fracasaron por completo. Jacobo I, ya de sí poco inclinado á empresas tan vastas y á resoluciones enérgicas, era tanto menos propicio á los planes del Palatinado cuanto que precisamente entonces estaba negociando con España el matrimonio del príncipe de Gales con la infanta María, á consecuencia de lo cual lo que menos deseaba era un conflicto con la casa de Habsburgo. De aquí que en vez de aceptar aquellos planes ofreció solamente á servir de intermediario conciliador y aun con la condicion de que los bohemios volviesen

á constituirse bajo la soberanía de los Habsburgos, y aconsejó al elector que no se precipitara, manifestando con mucha prudencia que nada tendria que oponer al entronizamiento de su yerno despues de muerto el emperador si la eleccion era legítima, es decir, si los bohemios tenían realmente el derecho electoral. De modo que por este lado no habia que contar con auxilio alguno en el caso de que estallara la lucha por causa de esta cuestion sucesoria.

Por otra parte, no habian cesado un punto las negociaciones entre los Estados bohemios y el emperador, el cual á consecuencia de los fracasos de Buquoy prestaba mas oídos que antes á los consejos del partido de la paz; pero ofrecían escasas probabilidades de éxito, pues Fernando combatió

enérgicamente toda concesión a los protestantes bohemios, declarando que «prefería perderse y morir antes que conceder a los bohemios un ápice más de lo que la carta de majestad les otorgaba.» Tampoco los bohemios tenían muchas ganas de llegar a una conciliación, y si bien algunos jefes del movimiento se mostraron en ciertas ocasiones vacilantes, el partido belicoso, a cuyo frente estaban el conde Thurn y Smiricky, supo siempre contrarrestar a tiempo y eficazmente tales vacilaciones. Este partido estaba convencido desde hacia tiempo de que los privilegios de los protestantes y de los Estados no estarían seguros sino con la desaparición absoluta de la soberanía de los Habsburgos. Por fin acordó convocar para el 14 de abril en Eger una dieta de conciliación; pero antes de que pudiera reunirse falleció el emperador Matías (20 de marzo de 1619), pasando de esta suerte definitivamente a Fernando la soberanía de los territorios hereditarios austriacos. A consecuencia de esto cambió de una manera tan fundamental la situación de las cosas que era imposible pensar en una tentativa formal para solucionar pacíficamente el conflicto. La cuestión que a todas se sobrepujó entonces fue saber si Fernando conseguiría también suceder a su difunto primo en el trono del Imperio.

#### FERNANDO ES ELEGIDO EMPERADOR DE ALEMANIA

Desde hacia años fijábanse en Fernando las miradas de todos los católicos y de todos los protestantes del Imperio, aquellos animados de grandes esperanzas, estos poseídos de graves temores: unos y otros veían en él el baluarte más firme del catolicismo, el enemigo más encarnizado de toda concesión a los protestantes. Razon tenían para opinar de este modo, porque, en efecto, ¡con qué perseverancia inquebrantable, con qué dureza no aplacada por ninguna resistencia, cuando en otro tiempo, siendo muy joven, apenas empuñó las riendas del gobierno, había no solo enfrenado, sino destruido al protestantismo en sus territorios hereditarios de Estiria, de los cuales se había enseñoreado la religión reformada! Lo que a cualquiera habría parecido imposible él lo consiguió: él supo en poco tiempo reducir nuevamente y por completo al catolicismo un país casi en su totalidad protestante. Después de haber alejado de su lado a los luteranos, aplicó en sus territorios las más rigurosas medidas. A los labradores protestantes les fueron impuestos párrocos católicos y los que no quisieron someterse vieron obligados a emigrar; la nobleza protestante invocó los privilegios que el padre de Fernando había otorgado, a lo cual contestó este declarando sin titubear que un príncipe no estaba ligado por los privilegios que le perjudicaban. Tenazmente y sin consideración alguna mantuvo cuantas medidas había adoptado, y su principal fuerza estribaba en esa energía que desplegaba en el terreno religioso-eclesiástico, energía que en el fondo tenía más de pasiva que de activa, que descansaba más que en sus propias espontáneas resoluciones en su incondicional adhesión a la Iglesia. Muerto Matías, había de verse hasta qué punto se mantendría esa firmeza de voluntad en una esfera de relaciones mucho más vasta, y no estaba tan fuera de duda como los católicos creían que Fernando estuviese realmente a la altura de las grandes dificultades que se le presentaban en el momento de fallecer el emperador. Considerables habían sido sus éxitos en Estiria, pero no eran debidos precisamente a notables condiciones de hombre de Estado, que él no tenía, porque en efecto carecía de aquel golpe de vista que de lo inmediato se eleva a lo general y que caracteriza al verdadero hombre de gobierno. Mas que un político era un monje, y su energía era más

bien la de un fanático religioso que la de un gran soberano; en suma, era un discípulo genuino y cada vez más convencido de los jesuitas.

Fernando había nacido en 1578: sus padres eran el archiduque Carlos de Estiria y la archiduquesa bávara María, ardiente católica y completamente penetrada de la verdad y universalidad de sus creencias. Las primeras y decisivas impresiones de su juventud recibiólas en la universidad jesuítica de Ingolstadt, a la que asistió con su primo, algo mayor que él, Maximiliano de Baviera y en la cual se penetró profundamente de la idea de la alta misión religiosa que como soberano estaba llamado a realizar, idea que no le abandonó en toda su vida y que en los momentos críticos de su existencia fortaleció en su ánimo la firme confianza de que no había de faltarle el auxilio de la Providencia. En un viaje que a Italia hizo antes de encargarse del gobierno de Estiria, formuló en la capilla de Loreto el voto solemne de extirpar aun con peligro de su vida en los territorios por él heredados todas las sectas y todos los errores. Manifestaciones análogas a esta hizo en otras muchas ocasiones; así por ejemplo dijo una vez que prefería reinar en un desierto que en un país de herejes. Sin ser propiamente cruel, tampoco era escrupuloso en la elección de medios para lograr sus fines religiosos. Hacía en todas partes alarde de sus sentimientos religiosos, que indudablemente eran hijos de un sincero convencimiento, y las ceremonias religiosas, las procesiones, las prácticas piadosas de toda clase le ocupaban casi por entero. Llevaba a tal extremo estos sentimientos, manifestados también en sus laudables prodigalidades para socorrer a los pobres, que muchas veces por atender a ellos no podía cumplir con sus deberes de soberano; así es que en todos los asuntos civiles dejábase influir poderosamente por los que le rodeaban. Su favorito, el barón de Eggenberg, ejercía sobre él un influjo casi ilimitado. También mostrábase Fernando, en todo lo que no eran cuestiones especialmente religiosas, incapaz de grandes resoluciones, dejándose guiar por sus consejeros privados. Siempre se adhería a la opinión de la mayoría de estos, a cuyas sesiones solía concurrir puntual y regularmente, y no sabemos de un solo caso en que obrase contra el dictamen de la misma ni siquiera en que aceptase el parecer de la minoría del Consejo. Carecía, además, de los grandes pensamientos creadores propios de un hombre de genio, y solo poseía la obstinación y la perseverancia para persistir con inquebrantable firmeza en una idea concebida, por la cual estaba dispuesto a arriesgar su vida, su reino y sus vasallos. Esa idea única a la que habría sacrificado todo cuanto en el mundo quería era el restablecimiento del catolicismo, la represión de toda herejía: solo en esto mostróse siempre y en todas las circunstancias enérgico. En todo lo demás mostrábase afable, accesible a todo el mundo y dispuesto a socorrer a cuantos lo necesitaran sin reparar en gastos, y no era en modo alguno brutalmente cruel y fanático como Felipe II. Gustábase el trato social y conversaba amablemente hasta con gente de la clase baja, tratando con amabilidad a sus mismos enemigos, si bien esto no era obstáculo a las medidas que contra ellos proyectaba y que llevaba a cabo sin odio y sin crueldad, pero también sin consideración personal alguna. Se ha asegurado, y es muy verosímil que así fuera, que cuando ordenaba alguna medida dura contra los herejes derramaba a menudo lágrimas abundantes y manifestaba que daría su vida si con ella podía sanar a todos los que estaban en la herejía: combatir esta parecía un deber religioso y consideraba como un crimen la política de condescendencia y de conciliación que en otro tiempo había seguido Klesel, permaneciendo aferrado a su punto de vista religioso con una decisión que más que de

energía merecía el nombre de terquedad. ¿Eran estas cualidades bastantes para ponerle a la altura de la misión extraordinariamente difícil que se proponía realizar? Nadie podrá afirmarlo, y si bien consiguió entonces algunos éxitos en todos los territorios hereditarios de la casa de Habsburgo, como antes los había alcanzado en Estiria y como luego los obtuvo en todo el Imperio, debióse más que a su energía pasiva a la debilidad, a la baja y a la ineptitud de sus adversarios. Al principio de su reinado parecía que había de

sucumbir ante los peligros producidos por el conflicto bohemio.

Inmediatamente después de muerto Matías, se dirigió Fernando a toda prisa a Austria para encargarse allí también del gobierno; pero ni en la Alta ni en la Baja Austria se le quiso reconocer de plano el derecho que se atribuía, declarándole los Estados que la corona de Bohemia y de Hungría no llevaba necesariamente consigo el gobierno de aquel país y opinando que el archiduque Alberto, el hermano del em-



Procesión de los electores en la coronación del emperador Fernando II en Francfort en el Mein. Facsimile de un grabado anónimo de la época.  
1. Maguncia. 2. Tréveris. 3. Bohemia. 4. Colonia. 5. Palatinado. 6. Sajonia. 7. Brandeburgo

perador recientemente fallecido, era quien tenía mejores títulos para desempeñarlo. Difícil es decir si esta era realmente su opinión o si solo la tomaban como pretexto para sustraerse a la soberanía de Fernando; y lo más probable es que fuera esto último, pues de lo contrario hubiera debido producir en ellos su efecto el documento que les presentó Fernando, en el cual Alberto renunciaba en favor de aquel sus derechos sobre el Austria. Léjos de esto, el tal documento no hizo desistir a los Estados de su oposición al pretendiente, a quien solo se inclinaban a reconocer los católicos. A consecuencia de esto establecióse en las dos Austrias una separación completa entre los Estados católicos y protestantes, formando dos partidos cada uno con organización propia. En la Alta Austria, los protestantes eligieron un lugarteniente, el señor de Pohlheim, y se pusieron en íntimas relaciones con los rebeldes bohemios por mediación de Gotthard de Starhemberg.

Los bohemios entretanto habían asestado un nuevo y rudo golpe contra la soberanía de Fernando en los territorios he-

reditarios. Merced a una incursión realizada en Moravia por Thurn de acuerdo con algunos nobles allí residentes, las simpatías de la población morava por los bohemios, contenidas hasta entonces gracias a la política de paz y conciliación de Zierotin, se manifestaron con tanta intensidad, que aquel territorio se adhirió abiertamente a la rebelión de Bohemia contra la soberanía de los Habsburgos. El día 23 de abril entró Thurn en Iglau. En vano intentó Zierotin, que perseveraba en la misma actitud de siempre, evitar que sus compañeros de Estado dieran aquel paso extremo: su conducta en los últimos años le había hecho perder toda influencia entre ellos. Las cosas llegaron a un punto tal que los Estados decretaron un riguroso arresto, en sus respectivos domicilios, contra Zierotin, jefe durante tanto tiempo del movimiento por ellos emprendido, y contra el cardenal Dietrichstein. Apenas los Estados moravos resolvieron unirse a los bohemios, sus tropas imitaron su ejemplo y negaron la obediencia a sus dos coroneles Jorge de Nachod y Alberto de Wallenstein, que querían conservarlas fieles al emperador